

MADRID.—(Colpisa, por FERMIN CEBOLLA).— A las seis de la tarde del 3 de julio de 1976 la agencia Europa Press informa que Adolfo Suárez, hasta entonces ministro secretario general del Movimiento, ha sido encargado de formar gobierno. La sorpresa es mayúscula. Pero sobre todo, la noticia cae como una bomba en el domicilio del conde de Motrico, en el que a medio día, se han congregado Pío Cabanillas, Marcelino Oreja, Darío Valcárcel y Antonio de Senillosa, y se ocupan, con su jefe de fila, en la apasionada tarea de repartir ministerios y prebendas. Tan seguros estaban de que José María de Areilza sería el nuevo presidente del Gobierno. Curiosamente, esta anécdota no la cuenta el ex-ministro de Exteriores en ese día-3 de julio, último de sus memorias de un ministro de la Monarquía.

Y cesa Arias Navarro. El 30 de junio, a primeras horas de la noche, le llama el ayudante del Rey para convocarle en el palacio real a la una y cuarto del día siguiente. Arias encontró al Rey agobiado, titubeante sobre el tema que debía abordar. Arias se da cuenta y asegura que inmediatamente le ofreció su dimisión «sin dificultad alguna». Los primeros en saberlo son Carlos Pinilla y García Hernández, con quienes almuerza el ya ex-presidente. Por su parte, el Rey le había comunicado momentos antes a Areilza la gestión que pretendía realizar. Por la tarde, Arias convoca un consejo de ministros urgente para despedirse. Se da una nota oficial en la que se dice que Arias ha presentado su dimisión voluntariamente, que ha sido aceptada, una vez oído el Consejo del Reino. Si lo de la dimisión es incierto, lo del Consejo del Reino es sencillamente falso, puesto que no se reunió para nada, ni consta que se le comu-

Dos años de Monarquía (III)

El primer Gobierno Suárez es acogido con desilusión, pero pronto comienza a sorprender

El pueblo dice «no» al franquismo en referéndum y empieza la campaña de desestabilización con los secuestros de Oriol y Villaescusa

nicar la «dimisión» anteriormente a su aceptación, ya que fue pedida y presentada, casi en el momento de su aceptación en el palacio real.

LA TERNA

Areilza, aunque en su libro asegura que estaba convencido de que no podía figurar en ninguna de las ternas posibles, tenía el íntimo convencimiento de que sucedería a Carlos Arias. Su conversación con el Rey momentos antes de que se pidiera la dimisión al presidente es un hecho. El cónclave en su casa para decidir sobre ministrables, también, ¿qué pasó entonces? Sólo caben dos suposiciones: O que Areilza interpretó con excesivo optimismo la insinuación real, o que su nombre, efectivamente fue vetado por el bunker, agazapado en el consejo del reino.

Torcuato Fernández Miranda, cuando salió desde las Cortes para presentar al Rey la terna elegida, dijo a los periodistas que estaba en condiciones «de ofrecer al Rey» lo que «el Rey esperaba». La solución se llamaba Suárez. ¿Era esa la solución que el Rey esperaba? ¿Era sólo uno de los varios nombres que el Rey pidió de alguna forma que se incluyeran en la terna? Hay razones para pensarlo.

Dos ternas se dieron como seguras aquella tarde del 3 de julio; en la primera irían Silva, Suárez y Areilza. De haber sido

así, y la agencia Cifra lo lanzó por sus teletipos, Areilza habría sido el elegido del Rey. La segunda incluiría a López Bravo, Suárez y Silva. Esa repetición del nombre de Suárez en las dos informaciones más fiables, indica que las preferencias del Rey pasaban por el joven político abulense de alguna forma. Pero también se repetía el nombre de Silva, sobre el que pesaba el misterio de por qué no ingresó en el primer Gobierno de la Monarquía. En cuanto a López Bravo, su inclusión demostraba hasta qué punto se habían movillado los tecnócratas en los últimos días, presentándose como defensores de los intereses más bunkerianos, frente a los aventureros reformistas. Posiblemente aquí esté la clave de la sorpresa (Suárez), ya que el de Ceberos no tenía ni la leyenda de Areilza ni el temperamento visceral de Fraga, ni se había desgastado especialmente durante los ocho meses de Gobierno Arias. Algo debía saber Suárez, pues la víspera de su designación, cuenta Areilza que se le hizo el enconadizo para decirle que no era enemigo suyo y que tenía gran admiración por su personalidad, tras lo que pasó a hablarle de la reforma y del pacto social. Fraga, que sabe que tiene la partida bien perdida, se marcha el fin de semana a Zaragoza, donde se entera del nombramiento, y de que, como todos los ministros, quedaba dimitido. Lo que son las cosas, a Fraga lo elimina de las ternas el teniente general Fernández Vallespín, jefe del Alto Estado Mayor, en razón de unas declaraciones al «New York Times» en las que anuncia la legalización del «PCE» a corto plazo.

EL «GOBIERNO DE PENENES»

Adolfo Suárez, 43 años, accede pues a la presidencia. Pronto tiene que romper su primera lista de Gobierno, y debe ofrecer seguridades de que en el mismo no figurarán ni gentes del Bunker ni del Opus Dei. Suárez se inclina entonces hacia los sectores más moderados de la oposición al franquismo: socialdemócratas, democristianos y liberales. Pero debe replegar velas, porque se encuentra con que todos ellos exigen algo que debía haber solucionado ya el primer gobierno de la Monarquía: la vuelta de los exiliados, libertades políticas y sindicales, amnistía para presos políticos y anuncio de elecciones generales a fecha fija.

No acepta por tanto formar parte del Gobierno la oposición moderada. Quedan eliminados los «reformistas» (Fraga, Areilza, Garrigues, Robles Piquer y Gamero); hay que reconocer que a Suárez le hubiera sido muy difícil gobernar con ese «clan de las ambiciones». De ahí que se echa

en manos de Alfonso Osorio, que sube a la vicepresidencia, y con él llegan hombres del grupo «tácito» como los Reguera, Lavilla, de la Mata, Oreja y Carriles. Se queda Martín Villa, que sustituye a Fraga en Gobernación.

Al nuevo gobierno, acogido con general desilusión, alguien le colgó el remoquete de «gobierno de penenes». Pocos gabinetes habrán sido recibidos con tan generalizadas críticas: un presidente de procedencia «azu», responsable del ministerio del «partido único» en la gestión precedente, con concomitancias opusdeístas a través de su relación con el fallecido Herrero Tejedor, del que fue subsecretario. La mayoría «tácita» de su equipo no suscitaba entusiasmos especiales, dadas sus vinculaciones al aparato eclesial, por formación y horizonte político.

Pero Suárez y sus muchachos sorprenden al país con un programa de Gobierno en el que se dicen cosas nuevas y con un estilo moderno: la soberanía reside en el pueblo, anuncio de una «parcial» amnistía (cuya aplicación se retrasaría innecesariamente), remisión a las Cortes de un proyecto de ley de reforma política, que habrá de ser referendada en referéndum, y que llevará a la convocatoria de elecciones generales en el plazo de un año. El Gobierno inicia contactos con la oposición, y los líderes moderados van pasando por Castellana 3, mientras que con Felipe González, se habla en un domicilio particular, y con los comunistas a través de intermedios.

JUEGA FUERTE

Tras esos pasos, Suárez juega fuerte ante los tenientes generales de las tres armas: les dice lisa y llanamente que ha llegado al poder de una forma legal, por nombramiento del Rey, previa terna del Consejo del Reino, y que pretende una reforma política acogiéndose a la legislación vigente. Por lo mismo podía exigir respeto a la democracia que la Corona quería instaurar. Era la ruptura con los planteamientos a que Arias tenía acostumbrado al personal.

Era, en realidad, la ruptura. De «ruptura democrática» venía hablando desde hacía un año la oposición, que ahora veía cómo su bandera le era arrebatada por el gobierno «de penenes». La oposición tiene que cambiar apresuradamente su estrategia, y reclama legalización inmediata de todos los partidos políticos sin excepción y amnistía total. La consecuencia es su propia desunión. De la Platajunta se desprenden los liberales, se descuelgan poco después los socialdemócratas, la «cumbre de Madrid» del 4 de octubre no logra definir un comportamiento unánime ante la reforma políti-

ca. La oposición declara su boicot abstencionista al referéndum, pero cuanto tres días antes del 15 de diciembre, el extraño «GRAPO» secuestra a Oriol, importantes partidos pasan apresuradas órdenes a sus militantes para que voten «sí» Y desde entonces pasan a negociar lo que pueden de la futura ley electoral. El 15 de diciembre, el pueblo español dijo «no» al franquismo definitivamente.

UN CAMINO DE SANGRE

Pero lo de Antonio de Oriol no fue lo más dramático. El país estaba un poco habituado a los días trágicos: Vitoria y Montejujra, en la cuenta política de la gestión del «duro» Fraga, no se habían olvidado. Muertes inútiles como la de Fuenterrabía, asesinatos incalificables de «ETA» como en el caso de Berazadi, y la actuación de los «incontrolados» cada día con mayor impunidad, sin que ni una voz oficial facilitara la menor explicación.

Secuestrado Oriol, presidente del Consejo de Estado, el 12 de diciembre, la opinión pública asiste atónita a la serie de comunicados del «GRAPO» con exigencias de libertad de catorce presos políticos. Pero, ¿qué es ese «GRAPO» que renuncia a un ofrecimiento de quinientos millones de pesetas y un avión para el traslado al país que eligieran los secuestradores si dejaban en libertad a uno de los hombres más poderosos y conservadores de España? El proceso de «desestabilización» ha comenzado.

El supuesto grupo de la extrema izquierda colabora así con la extrema derecha alérgica a la democracia. Sigue en enero el secuestro del teniente general Villaescusa, presidente del Tribunal Supremo de Justicia Militar. Y llega a final de ese mes, la «semana negra de Madrid», con el asesinato todavía impune de Arturo Ruiz en pleno centro de la capital, la muerte de una joven manifestante, y la matanza del despacho laboralista de la calle de Atocha (hechos estos que hay que cargar a la cuenta de la extrema derecha armada), y a continuación las muertes de tres agentes del orden público reivindicadas por la extrema izquierda del «GRAPO». Los extremos se tocan o se confabulan contra Suárez y su indecisa democracia.

Santiago Carrillo es descubierto bajo su peluca, y pasa unas semanas en Carabanchel, pero puede asistir al entierro de los laboristas (todos ellos del «PCE»). El «PSOE» ha podido celebrar su congreso en un hotel de Madrid, también de la «UGT». La oposición se aglutina ahora en torno a Coordinación Democrática, ente menos comprometido, más amplio. García Trevijano ha sido vetado por el «PSOE» pero no se llega a firmar el documento elaborado por el hoy senador real Carlos Ollero. Decididamente, después del referéndum, los partidos se dan cuenta de que las elecciones generales van en serio y que si funcionan demasiado «coordinados», el gobierno de los penenes, que ha eliminado la «ventanilla» de Fraga legalizadora de los entes políticos, se las llevará de calle con su proyecto de centro democrático. (CONTINUARA).

Cerca de un 18 por ciento

Baja el precio del café

MADRID, 18. — El próximo lunes, día 21, el «Boletín Oficial del Estado» publicará la disminución de los precios del café, a partir del primero de diciembre próximo, según ha podido saber «Cifra».

La baja global de los precios representará un 17,74 por ciento respecto a los que rigen actualmente para este producto, equivalente a casi 150 pesetas el kilo de café tostado natural superior.

Según han informado a «Cifra», fuentes próximas a la Dirección General de Comercio Interior, la disminución de los precios en el mercado interior es consecuencia de la estabilización de los precios internacionales, a pesar de las presiones de los países productores por elevarlos.

Los nuevos precios del café, según resolución de la Dirección General de Comercio Interior por la que se modifican los que han estado en vigor desde el 25 de julio pasado, son los siguientes:

TOSTADO NATURAL

Superior: 1 kilogramo, 725 pesetas; 500 gramos, 363 pesetas; 200 gramos: 182 pesetas; 100 gramos: 73 pesetas, y 50 gramos: 38 pesetas.

Corriente: 714 pesetas, 357, 179, 72 y 37 pesetas.
Popular: 703, 352, 176, 71 y 36 pesetas.

TORREFACTO

Superior: 666, 333, 167, 67 y 35 pesetas.
Corriente: 656, 328, 164, 66 y 34 pesetas.
Popular: 646, 323, 162, 65 y 33 pesetas.
El precio de los cafés descafeinados tostados quedará como sigue:

Un kilogramo: 818 pesetas; 500 gramos: 409 pesetas, y 250 gramos: 205 pesetas. — (CIFRA).